



## Ante el centenario de la muerte de Rosario de Acuña

Dicen que llevan diez años dándole vueltas a la conveniencia de poner tilde o no al hecho de tomarle sólo un café solo. Dicen que no lo ven de la misma forma —eso de ingerir únicamente un café sin añadido alguno— lingüistas y escritoras, personas todas ellas integrantes de una corporación un tanto guadianesca, pues tan solo reaparece en la escena pública con ocasión de la adopción de llamativas decisiones o por las referencias a la Academia que en la prensa, más o menos rosa, suelen acompañar a crónicas y reportajes varios, dedicados a algunas de las personalidades que la integran.

Pero, ¿qué sabemos de la Real Academia Española. Qué sabemos de sus funciones, financiación o del sistema de elección de sus integrantes. Si saliéramos a la calle y fuéramos preguntando a quien encontráramos a nuestro paso, no sé cuántas de nuestras preguntas recibirían una respuesta que pudiéramos considerar aceptable. Quizás, lo primero que habría que hacer, para ponérselo más fácil, sería darles algunas pistas acerca de la actividad que le es propia a la citada institución, pues en su denominación y contrariamente a lo que es habitual nada hay que así lo indique. Probablemente fuera necesario mencionar algunas sugerentes palabras: «lengua», «diccionario»... tal vez pudiera servir también el lema que ya figuraba en la primera edición de sus estatutos: «Limpia, fija y da esplendor».

Si, a tenor de las respuestas obtenidas, concluyéramos que la Academia (de la Lengua) no es en la actualidad muy conocida, qué podríamos pensar de lo que habría sucedido si estas mismas preguntas las hubiéramos formulado cien años atrás, dado que por entonces gran parte de la población no estaba muy familiarizada con la lengua escrita, pues cerca del sesenta por ciento era analfabeta, por más que la voz «analfabetismo» no figurara en ninguna de las ediciones del Diccionario hasta que lo hiciera en la de 1925.

Bien; no hay problema. Retrocedamos todos esos años en el calendario y situémonos en 1917. El 26 de enero de ese año, el diario madrileño «El Liberal», dedica un lugar destacado de su portada a la Academia. Cuenta que es una institución creada en el Antiguo Régimen, con unas bases y funcionamiento que permanecen ancladas en el pasado, ajena a los influjos del «aura vivificadora de la democracia», y pone en duda que sus integrantes sean los más idóneos, los más capaces, para la alta misión que tiene encomendada, concluyendo con una frase muy socorrida: «Ni están todos los que son, ni son todos los que están». Para probarlo —dice— nada mejor que utilizar el sistema de referéndum y consultar a quienes habitualmente leen el periódico. Les pide el envío de una lista con los treinta y seis escritores, oradores, poetas, dramaturgos y eruditos que, a su entender, deberían integrar la Acade-

# Nominada para la Academia

La escritora logró amplio apoyo, igual que otras mujeres como Pardo Bazán, Carmen de Burgos o Concha Espina

Macrino Fernández Riera

## UN GRAN PROBLEMA LITERARIO

*Lo que es la Academia Española. -Y lo que podría ser. -Ni son todos los que están, ni están todos los que son. -Nuestro proyecto. -Que nuestros lectores contesten a nuestra consulta. -¿Cuáles son los 36 españoles que debieran componer la Academia?*

*Una súplica a la Prensa española*

Entre las grandes instituciones creadas en Francia y en España por el antiguo régimen, sólo dos han llegado hasta nosotros sin que para nada el aura vivificadora de la democracia haya modificado sus bases y su mecanismo. Comparado con ellas, el Senado mismo, el Senado español, es un dolo de funcionamiento democrático. ellas no obstante, siguen viviendo, siguen teniendo prestigio, siguen siendo una de las órdenes más importantes en la

un Cuerpo que legiala en uno de los ramos más importantes para el pueblo entero, ¿no sería natural que todos los que consideran la lengua y el buen gusto como tesoros sagrados y comunes, se interesasen un poco en el rejuvenecimiento, dentro de las corrientes democráticas, de este cuerpo?

ignoran que en este asunto para no morir hay que renovarse. Pero, ¿pretendría acaso pedir el sufragio univer-

La prueba queremos ofrecérsela palpable a los que tengan duda, y por eso, empleando el sistema suizo de referéndum popular, pedimos a cada uno de nuestros lectores que nos envíe la lista de los 36 escritores, oradores, poetas, dramaturgos y eruditos que, a su entender, deberían formar la Academia Española.

Pacientemente iremos poniendo en orden los nombres que mayor número de votos obtengan, y el 15 de Abril

mia Española. Tienen varias semanas de plazo, pues la consulta concluirá el 15 de abril, que es el día señalado para publicar el resultado final.

Desde el primer momento unos cuantos periódicos se suman a la iniciativa emprendida por «El Liberal» (propiedad de un influyente grupo editorial que dispone de varias cabeceras, con una tirada diaria conjunta de más de cuatrocientos mil ejemplares), de manera tal que la Academia, los académicos y el sistema de elección que se sigue para su nombramiento ocupan la atención de la prensa nacional durante aquellas semanas. Varios son los escritores que son llamados para dar su opinión al respecto. Ramón María del Valle Inclán dice en una entrevista que los hombres van a la Academia por tres motivos: por conveniencia, por vanidad o por debilidad de carácter para rechazar ser académicos. Pío Baroja muestra su más absoluto desinterés por todo lo que tenga que ver con la Academia: nunca le preocupó y no sabe lo que hace o lo que deja de hacer. Entre los que ya son miembros, los hay que ven con buenos ojos la consulta; tal es el caso de Benito Pérez Galdós, que cree que debe de ser tenida en cuenta por los académicos en futuras elecciones; otros, en cambio, como Juan Antonio Cervera, la consideran inadmisibles, por cuanto la docta institución es para los consagrados y el sistema utilizado para su elección es efectivo, como prueba que «todos los consagrados, los que por sus obras merecen estar en la Academia, antes o después, ingresan en ella».

## A pesar de su buen resultado, De Acuña no mostró interés en esas «oralinas» de la sociedad»

«El País» es uno de los diarios que se sumó a la iniciativa. Al día siguiente de hacerse pública, dedica parte de su primera plana al asunto. Defiende que la institución debe ampliar sus bases de reclutamiento, acogiendo a dos sectores que hasta el momento han estado completamente olvidados: los autores que escriben en las otras lenguas que se hablan en España y las mujeres. No rehúye Roberto Castrovido, su director por entonces, dar cuenta de la lista con los treinta y seis nombres que propone. Comienza con cuatro nombres de mujer: Rosario de Acuña («injustamente olvidada de muchos y, más injustamente, maltratada de algunos; es poetisa, autora de dramas y escritora de grandes bríos, algo parecido a don Joaquín Costa, nada menos»), Emilia Pardo Bazán («uno de los mejores novelistas y cuentistas españoles, crítico, además, y formidante polígrafo»), Blanca de los Ríos («erudito de primer orden, ilustrador de la vida de Tirso de Molina») y Sofía Casanova («literata y, sobre todo, periodista de mérito extraordinario»).

La inclusión de Rosario de Acuña en la lista de Castrovido no pasó inadvertida en Asturias. Aunque a la nominada la propuesta le provocó una gran carcajada, «que debió de oírse en el Naranco», Ramón Sánchez de Ocaña se hace eco de la misma en la primera del gijonés diario «El Noroeste», del cual era director. Si bien apoya la candidatura de su amigo, no por ello deja de mostrar lo inverosímil que le resultaría ver a doña Rosario rodeada de según qué académicos: «¿Qué haría la insigne creadora de El padre Juan en una reunión presidida por Maura, teniendo a la diestra a Cotarelo y a la siniestra a Pablo León?». Al día siguiente, es la propia interesada quien, en un escrito titulado «¿Yo, en la Academia!», da una respuesta contundente, no carente de ironía, a la pregunta:

«Aparte que, para mí, ni aun suponiendo, como un ensueño de imaginación perturbada, que me pudieran ofrecer un sillón en la Academia ¿qué iba yo a hacer con semejante armatoste? Lo primero que haría sería limpiarlo pulcramente con zorros, cepillo y esponja; luego, antes de sentarme en él, pondría a mi lado la escoba, el cubo de fregar suelos, la pala de lavar, el estropajo, las agujas, el hilo y unos retazos para remendar camisas y sábanas; el pucho y la sartén para poner el cocido y freír la cena; las planchas y un plumero...»

Habida cuenta de sus palabras, parece razonable pensar que no tuviera interés alguno en conocer el resultado final del referéndum

promovido por «El Liberal», que hizo público el primer día del mes de abril de ese año diecisiete. La lista muestra —como algunos ya habían anticipado— que una cosa es la opinión de una parte de la España letrada, la que ha participado en la consulta, y otra la de los miembros de la Academia, que, como es lógico, han seguido sus propios criterios a la hora de elegir a sus integrantes. Tal podemos concluir al comprobar que entre los diez primeros nombres de la lista tan sólo cuatro son ya académicos: Benito Pérez Galdós, Mariano de Cavia, Octavio Picón y Jacinto Benavente. En cuanto a las mujeres, el voto popular parece dispuesto a franquearles la entrada que reiteradamente se les ha negado, pues no solo convierte en «académica» a doña Emilia Pardo Bazán al otorgarle 2.390 votos (cantidad suficiente para situarla en el undécimo lugar) sino que incluye a otras seis escritoras en el selecto grupo de quienes alcanzan más de mil votos. Ellas son, por orden de votación, Rosario de Acuña, Consuelo Álvarez (Violeta), Carmen de Burgos (Colombine), Sofía Casanova, Concha Espina y Blanca de los Ríos.

A pesar del buen resultado obtenido, la Real Academia Española no es asunto que en aquel tramo de su ya larga trayectoria le ocupe ni siquiera un momento («Ni como cuento chino, ni siquiera como motivo para pasar el rato, se me debe a mí mezclar en el tráfico de todas estas orlinalas de la sociedad»). Sus intereses y esperanzas son otras. Mientras «El Liberal» da a conocer el resultado de su referéndum, Europa se convulsiona por los horrores de la Gran Guerra y por el estallido de la Revolución rusa («Rusia ha despertado a la «Edad Futura»»). Se ha encendido una tea «ante cuyo resplandor se vuelcan, en las necrópolis de la historia, todos los poderosos aristócratas, todos los privilegios de clase...». España no es ajena a estos grandes cambios que se adivinan en el horizonte: los sindicatos UGT y CNT acuerdan coordinar sus actuaciones en un pacto alcanzado en primavera; reformistas, republicanos y socialistas pactan la formación de un hipotético Gobierno provisional...

Hay asuntos que, ciertamente, le ocupan y preocupan mucho más que esas zarandajas académicas. «Mujer de otro siglo, solo quise ser poeta, desde mis siete años, en que hice el primer soneto; y, al fin, solo he conseguido ser pensadora «para mí misma», sin que por eso deje de estar sentimentalmente al lado de los sufrientes, vencidos, irresponsables o débiles y en contra de verdugos, hipócritas, brutos o vanidosos que forman la legión de los egoístas. Y solo por esta sentimentalidad escribí para el público dándoles a mis compatriotas aquello que imaginaba ser lo mejor de mi alma, sin pretender, a cambio, ni sacarles los cuartos ni siquiera esperar de ninguno el más leve placer».